

# SIGNOS DE UNA IGLESIA ACOGEDORA

---

JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ FAUS

## **1.- ¿Es preciso justificar el tema?**

Sospecho que el simple título que se me ha dado es ya signo de que nuestra Iglesia no es suficientemente habitable ni acogedora. Hay en ella personas admirables que hacen su entorno eclesial más habitable y más acogedor. Pero la Institución eclesiástica como tal quizá no lo es. En caso contrario, pienso que no se me pediría este escrito.

Y precisamente ahí (en ser acogedora y habitable), se juega la Iglesia su significado para los hombres de hoy o, dicho más técnicamente, su carácter de «sacramento de salvación».

Esto es lo primero que me gustaría explicar. Y creo que obedece a dos tipos de razones: una histórica y otra teológica.

### **1.1.- Razones históricas**

Uno de los mayores cambios de nuestra hora histórica me parece estar en el hecho de que se han terminado las militancias «incondicionales». Esto puede ser muy trabajoso, pero puede suponer también un paso adelante en verdadera humanidad.

En otras épocas, las militancias, muchas veces justificadas, tenían que convertirse además en «justificadoras»: un protestante que se hiciera tal por deseo sincero de reformar la Iglesia, tenía que defender todos los errores de Lutero y todos los crímenes de Isabel de Inglaterra. Y un católico que fuese tal por el noble deseo de fidelidad, tenía que defender todos los crímenes del Duque de Alba y todas las aberraciones de la curia romana. El mundo era mucho más de blanco y negro. Los buenos y los malos estaban claros, y casi no se conocía la pluralidad social. El tejido social no soportaba demasiados matices. Y la diferencia era sentida simplemente como amenaza.

Hoy van desapareciendo lentamente esas incondicionalidades, aunque éste no resulta un proceso fácil, sino que a veces proporciona momentos de vértigo y horas de malestar o de fiebre. En nuestro primer mundo, las identificaciones absolutas casi sólo perviven en las tentaciones «fundamentalistas», que son fenómenos reactivos y nostálgicos frente a la situación descrita.

Pero, si miramos en torno nuestro, percibimos sorprendidos hasta qué punto la pluralidad (con su amenaza de escisión) está presente hasta en las militancias más convencidas<sup>1</sup>.

Todos estos fenómenos pueden crear problemas importantes, y ser malaprovechados por individualismos y afanes de protagonismo. Pero en sí mismos no tienen por qué ser malos, puesto que pueden ser un punto de partida para un enriquecimiento, una purificación y una relativización de los propios absolutos. Lo que Casaldáliga titula como «rebelde fidelidad» (y yo mismo he calificado en otro lugar como «disenso misericordioso»), quiere ser una manera cristiana de asumir este fenómeno. Estar fielmente en una causa no significa hoy en día la identificación incondicional y absoluta con todos sus aspectos porque, por santa que sea la causa, no dejará de estar encarnada en mil mediaciones contingentes y a veces pecadoras. Esto vale también para la Iglesia. Hemos entrado en una época en que se ha acabado lo que antaño se llamó el «organisation's man»: el hombre sistémico o, peor aún, el Hombre Sistema<sup>2</sup>. La fidelidad no coincide con esa mentalidad sistémica.

No obstante, la complejidad nos molesta mucho. Por eso las reacciones ante este fenómeno suelen ser la excomunión autoritaria o el desencanto escéptico y postmoderno de la militancia. Ambas son reacciones falsas. La verdadera reacción discurre por lo que insinúa el título que se me ha propuesto: más allá de las inevitables diferencias, hacer una Iglesia habitable y acogedora. He aquí «lo que El Espíritu pide hoy a las iglesias» Apoc 3,22).

### 1.2.- Razones teológicas.

Desde el punto de vista cristológico lo dicho tampoco es tan extraño: Jesús fue el hombre más radicalmente judío que ha existido, pero no fue un «hombre de la organización» judía. Tanto que el sistema acabó cargándose. Esto nos lleva a las razones teológicas del tema.

La Iglesia es depositaria de una Palabra, que antes que explicadora o definidora, es una Palabra Acogedora. Jesús es «Palabra de Dios» no tanto porque nos resuelva muchas cosas sobre Dios, sino porque encarna la incondicional acogida de este mundo por Dios. Para un cristiano es únicamente en la acogida, donde se puede articular un mensaje.

Por eso, la Iglesia que nazca de Jesús sólo puede ser una Mistagogía de Dios<sup>3</sup>. La Iglesia habrá de ser una «mistagógica discreta» y no una institutriz gruñona. Porque no introduce a «una noción general de Dios», sino al Dios que siendo absolutamente Imbalbucible, se ha hecho Palabra inesperada en los oprimidos, y Libertad para ellos en nosotros. El Dios que es, a la vez, Ausente, Subversivo y Posibilitantes. O, con palabras de la Tradición, el Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por todo eso, ser una Iglesia habitable y acogedora no es un simple adorno útil, como el blanquear las paredes, sino que afecta a la médula misma de la Iglesia.

Y ahora, vista la importancia del tema, es hora de abordarlo en concreto, buscando signos y tareas para esa misión de la Iglesia.

## 2.- Tareas concretas.

Propondré cinco puntos de examen, que afectan al nivel institucional y a los niveles personales. Vamos a enunciarlos muy brevemente.

### 2.1.- A nivel institucional.

#### A.- AUTORIDAD EVANGELICA.

Signo de una Iglesia habitable y acogedora será el que la autoridad no se conciba ni se ejerza en ella de modo pagano, sino de manera evangélica. Que la autoridad haga suyos todos aquellos consejos paulinos: «tener la misma mentalidad que Cristo Jesús» (Fil 2,5); en situaciones de conflictos «no querer saber nada más que a Jesucristo y éste Crucificado» (1 Cor 2,2); o que la verdad cristiana sólo puede ser «hecha en la caridad» (Ef 4,15)... O el otro de Bartolomé de las Casas, en su disputa con aquel «hombre del sistema» imperial que fue Ginés de Sepúlveda: «la Iglesia no tenga más poder que tuvo Jesucristo en cuanto hombre».

Nuestra Iglesia está lejos de ser un modelo de ejercicio de la autoridad para los hombres de hoy. No por mala voluntad sino por razones estructurales. Porque, a veces, se cree necesitar para los puestos de gobierno a hombres tímidos, que son más dóciles ante el poder central pero que luego no saben ser integradores, porque los tímidos sólo consiguen imponerse reactivamente y violentamente. Otras veces se hace de los puestos de gobierno un «premio» o un «ascenso» que los vuelven apetecibles para personas ambiciosas etc.

Hay aquí un problema del que somos responsables todos los cristianos. Conviene repetir una vez más que el testimonio que debe dar la Iglesia al mundo de hoy no consiste en no tener problemas ni diferencias (porque esto la sacaría del mundo), sino en saber afrontarlos evangélicamente. No es el testimonio de la uniformidad, sino el de la unidad en lo plural<sup>4</sup>.

#### B.- PRIMACIA DEL POBRE.

Signo de una Iglesia habitable y acogedora sería el que en ella hubiese un lugar preferencial para los más pobres. Y esto no meramente a niveles personales (por la santidad de algún obispo particular o de alguna comunidad particular), sino a niveles estructurales: de legislación, de tradiciones y de Derecho Canónico. La opción preferencial por los pobres (que ha cobrado cierta convicción cristiana y cierta vigencia eclesial en los últimos años) tendrá el peligro de funcionar meramente como un discurso tranquilizador de conciencias que luego se olvida, a menos que logre plasmarse en las estructuras mismas de la Iglesia.

Para conseguir esto es preciso que los mal llamados «poderes» de la Iglesia se distancien de los poderes de este mundo: que ni el papa sea un jefe de estado, ni los nuncios sean diplomáticos, ni se hable de «príncipes de la Iglesia», ni se pretenda «vestir de púrpura» como el rico Epulón (cf. Lc 16,19)...

¿Por qué? Pues porque los poderes de este mundo necesariamente excluyen a los pobres y están casi obligados a hacerlo por la rivalidad y el eficacismo de que

son prisioneros. La cercanía a esos poderes impedirá a la Iglesia echar raíces en el mundo de los pobres. Y entonces, aunque se tenga buena voluntad de ayudarlos, los pobres resultarán inevitablemente molestos. Es lo mismo que pasa con la tierra que, para el árbol plantado en ella constituye su «humus» y su habitat, pero a las flores que simplemente están en el mercado, las afea.

### C.- INCULTURACION PROFUNDA.

Finalmente, será signo de una iglesia habitable y acogedora el esfuerzo inculturador por encima del afán uniformador. San Pablo hablaba de ser griego con los griegos, latino con los latinos, judío con los judíos, escita con los escitas.... Hoy, las iglesias no europeas (en las que para muchos radica el futuro del catolicismo) tienen la sensación de que se las obliga a ser «romanas con los romanos», de que se les impone lo que alguien ha llamado «la circuncisión romana» cuando la iglesia primitiva tuvo el coraje de abolir la circuncisión judía.

La vinculación con Occidente, que ha marcado la pasada historia de nuestra Iglesia con una llamativa epopeya de inculturación en el platonismo y en el aristotelismo, puede ser hoy muy dañina para la Iglesia: porque lo que llamamos «civilización occidental» (con todos sus grandes méritos y seductoras listas de valores) es también la civilización más imperialista y menos inculturadora del planeta tierra.

Cuando la pasada asamblea de Santo Domingo, hubo obispos que protestaron por la minuciosa y agobiante interferencia de la Curia romana en un acontecimiento de la Iglesia latinoamericana. La bondad y la paciencia de estos obispos dieron un ejemplo de «saber hacer», y la sangre no llegó al río, por fortuna. Pero puede ser bueno recordar que, en el siglo segundo, san Ignacio de Antioquía, en una carta a la Iglesia de Roma la calificaba como «la que preside en el desinterés»<sup>5</sup>. Precioso título, casi imposible y casi contradictorio. Pero signo bien eficaz de una iglesia habitable y acogedora.

Y esta tarea la hacen más necesaria los tiempos modernos por eso que suele llamarse «la crisis del lenguaje». El género humano ha aprendido qué tremendamente relativos son todos los lenguajes, aun los más verdaderos: casi todas las fórmulas que antaño hicieron separarse a diversos herejes, reconocen hoy los historiadores de la teología que podrían quizá entenderse bien, aunque sonaran mal. Por eso la necesaria unidad en la fe no puede ser una unidad exclusivamente, primariamente o férreamente doctrinal. En este punto la famosa «jerarquía de verdades» de que habló el Vaticano II está casi por estrenar<sup>6</sup>.

### 2.2.- A niveles personales.

Pero sería un gran error pensar que toda la habitabilidad de la Iglesia radica únicamente en lo estructural o depende sólo de la autoridad. Por muy condicionante que sea, lo institucional resulta siempre impersonal y lejano. La verdadera señal de acogida aparece más a niveles personales y grupales. Y en este punto hay una responsabilidad fundamental para todos los cristianos.

#### D.- RESPETO A LOS DIFERENTES.

Por ejemplo: la «progresía eclesiástica» tiende a desautorizar olímpicamente (y a veces agresivamente) a determinados movimientos, como pueden ser los neocatecumenales, Opus Dei, Comunión y Liberación.... Las acusaciones de olvido de los pobres, de espiritualismo, fundamentalismo y falta de amor al mundo son, desde luego, acusaciones muy serias (y yo debo reconocer que las comparto). Pero el desprecio o la desautorización son soluciones facilonas y no son señal de una iglesia habitable y acogedora. El que otros olviden aspectos fundamentales del cristianismo puede ser ocasión para que nosotros intensifiquemos nuestro testimonio de esos aspectos, pero no para que nos erijamos en jueces.

Por otro lado, es un axioma viejo que ningún error deja de contener parcelas de verdad o de valores auténticos que otros pueden olvidar, dada la estructura dialéctica de toda la realidad y de todos los valores humanos. Es tarea más difícil, pero también más cristiana, tratar de comprender cuáles son esos valores escondidos (aunque puedan estar desfigurados o mal expresados), para tratar de rescatarlos.

Y esto debe valer incluso en el caso de la persecución injusta. Es una constante de la historia de la Iglesia que la ejemplar paciencia de muchos perseguidos ha sido más fecunda para la causa del Reino, que la saña anticristiana y revestida de celo de sus perseguidores. Los ejemplos son infinitos y todo el mundo los conoce: desde Juan de la Cruz, Mary Ward o Newman, hasta Teilhard de Chardin, Congar, Rahner o Gustavo Gutiérrez en nuestros días.

Sé muy bien que estas pautas de conducta nos desbordan y nos parecen impracticables y casi utópicas. Pero esto mismo suele ocurrir con todo aquello que el Evangelio pide a la Iglesia y que nosotros (en nombre del Evangelio) pedimos a los demás. No vale medir a los demás con utopía y a nosotros con realismo, porque esto no hará habitable a la Iglesia.

En cualquier caso, y prescindiendo ahora de situaciones extremas (como es la de la persecución) la vida cotidiana suele ser más simple, y también ofrece espacios para ejercitar el esfuerzo de ser integrador en lugar de juez. Que «el que no está conmigo está contra Mí» (Lc 11,23) sólo puede decirlo el Señor. A nosotros no nos toca ponernos en Su lugar, sino invertir la máxima: «el que no está contra vosotros, con vosotros está» (Lc 9,50). Por algo ambas máximas están en un mismo evangelista y la segunda antes, como si fuera condición indispensable de la primera.

#### E.- FIN DE LAS DENUNCIAS.

Y naturalmente, lo anterior tiene una contrapartida que la voy a expresar mediante una anécdota reciente.

Hace unos meses Leonardo Boff tuvo una charla en Barcelona sobre teología y ecologismo. Como se preveía una gran asistencia de público, la entidad organizadora cambió el local y pidió la Iglesia de Santa María del Pino. El párroco la concedió en seguida, dando con ello ejemplo de lo que es una iglesia habitable y acogedora.